

# Operación Matanza

## Un ejercicio de memoria



*Sebastián Russo Bautista\**

Un aula puede convertirse en una trinchera, un ámbito donde confabular, donde gestar un plan de operaciones. De dictar los “contenidos mínimos”, por caso de la materia Pensamiento Social Argentino y Latinoamericano, a engendrar una obra, de pasar del pensamiento de otrxs al pensamiento propio/en acto, vuelto obra, puede haber un pequeño/gran movimiento compuesto de conversación, escucha, emoción y entusiasmo para la invención colectiva. Y que tal obra sea una argamasa de memorias y se funde en algunas de las preguntas que un momento histórico se hace, se debe hacer (por caso, reafirmar el pacto democrático, desarticular intentonas negacionistas, revisar en clave personal/comunal el pasado reciente), puede llevar a un o una docente no solo a revalidar su oficio, sino a hacer que lo allí acaecido tenga otras escuchas, otras lecturas.

Nos propusimos ahondar en un método. Un modo de configurar el pensamiento. El modo de construirlo en acto, de modo colectivo, rememorativo e imaginativo, con el afán de afianzar un vínculo situado, no solo áulico, aunque partiendo de allí, sino fundamentalmente con el presente, el pasado, el lugar donde se vive. Nos propusimos para ello recuperar a Rodolfo Walsh. Una tarea no sencilla, mas no por ello no necesaria, al menos en el intento de hacerla. Walsh, el escritor de cuentos que devino escritor militante; el que no solo denunciaba con su pluma sino que indagaba formas novedosas y

\* Profesor de Pensamiento Social Argentino y Latinoamericano en la Licenciatura en Producción y Desarrollo de Videojuegos CUDI/UNPAZ.

expansivas de una escritura que por esa conjunción, literario-militante, devino una referencia, la de la apuesta por incidir en un momento histórico desde una exploración político-estética.

Nos propusimos recuperar al Walsh de *Operación Masacre*, el que indaga a partir de una huella, un indicio tan fatal como fascinante (“hay un fusilado que vive”) y hace de esa curiosidad devenida responsabilidad una obra vital. Tanto para el propio escriba que se expone desde una primera persona sutilmente ficcionalizada –el relato que compone, llamado, de hecho, de no-ficción, enchastra lo “real” con una narrativa reconocible, apropiable, atrapante–, como para una sociedad que no puede soportar que intrigas como estas (fusilamientos, injusticias) no queden, al menos, narradas. Vitalidad pues de memorias devenidas relatos, de métodos de indagación e investigación devenidos pulsiones exploratorias, donde la abstracción y la neutralidad académica expresan su absurdo y desconexión con la trama vital de una comunidad.

Nos propusimos recuperar *Operación Masacre* en La Matanza, en González Catán y en los alrededores, donde viven sus estudiantes. Desde el Centro Universitario de Innovación (CUDI), una experiencia universitaria pública y popular que carga con una potencia singular, reparadora. Junto a jóvenes, lxs primerxs en sus familias realizando estudios universitarios, nacidxs en su entorno y en democracia, pero que ya tienen en su haber no solo situaciones críticas vividas, sino historias de familiares, de vecinxs, que aún claman por ser narradas, recuperadas de un olvido al que el propio territorio es arrastrado históricamente.

He aquí estos textos, estas imágenes, estas búsquedas (apenas una muestra de los más de treinta relatos generados), que indagan en memorias personales, cercanas. Búsquedas que en muchos casos abrieron una pregunta aún no hecha (o no del todo desplegada) en estos senos familiares, barriales. Que contribuyeron no solo a ampliar y enriquecer la memoria local, sino que dejan plantado el germen de la pregunta, de la repregunta, de indagar lo oculto, lo ocultado, y buscar el modo de divulgarlo, de extenderlo a la comunidad toda. No otro rol tiene y debe seguir teniendo una universidad pública y popular: amplificar una comunidad de narraciones, de conversaciones, en todo lugar, y más aún en donde las voces son des-oídas o (mal)dichas/maldecidas por otrxs.

## **La nieta**

**Hanna Rodríguez**

Desde que tengo memoria, cada vez que nos encontramos cerca al 24 de marzo, al volver a casa luego de la escuela y de trabajar en relación al día nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia, mi mamá me relata, muy por encima –supongo que es porque ella nunca le quiso preguntar demasiado– lo que mi abuelo tuvo que pasar en 1976.

Hoy me tocó a mí indagar y averiguar qué fue exactamente lo que pasó, cuáles fueron los motivos y de qué manera actuaron contra él. Contra un hombre que hizo el servicio militar y obtuvo un reconocimiento por su buena conducta, un ciudadano como cualquier otro, del que no había motivo alguno para privar de su libertad. Por eso mismo, decidí comunicarme para organizar una visita con el fin de escuchar su testimonio, para que me contara todo lo que recordaba sobre ese evento en su vida que lo marcó como a miles de argentinos, del que pudo sobrevivir y sobre el que hoy se puede hacer oír.

El 15 de mayo por la tarde fui a su domicilio, me recibió con su esposa. Se alegró de verme interesada por su historia y que decidiera utilizar esa información para escribirlo en un trabajo de la universidad. Intentó hacer memoria sobre esos días oscuros. Me confesó que algunas cosas las recordaba muy vagamente debido a que su cerebro intentó dejar atrás la amargura de aquellos recuerdos, que le ocasionaron temor, desesperación y tristeza en su vida y en la de su familia.

Era la madrugada del 3 de mayo de 1976 cuando unos sujetos tiraron abajo la puerta de su domicilio ubicado en la esquina de Figueroa Alcorta y Asia, en San Justo. Invadieron sin motivo alguno la propiedad privada de Eusebio Luis Centurión, de 33 años, mientras dormía, para llevárselo detenido, en calzoncillos y con una venda en los ojos. Así como se encontraba lo trasladaron a “Puente 12” (Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio). Allí se encontraban todos los detenidos atados de pies y manos, con capuchas en la cabeza, para evitar que reconocieran a los secuestradores.

Luis era gremialista retirado meses anteriores y peronista pero no militaba en política. Le realizaban preguntas sobre las personas que trabajaban con él, pero no tenía mucha información. Para los secuestradores, Luis no estaba cooperando. Lo picanearon y le quemaron las manos con cigarrillos intentando que hablara. En ese entonces, trabajaba en la fábrica de tanques de agua Monofort, actual Eternit. El objetivo para ellos era obtener información sobre su conocido, Juan Carlos “Oso” Díaz, delegado del Sindicato del Fibrocemento y militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), también trabajador de la fábrica, secuestrado dos veces antes del 11 de octubre de 1977, fecha desde la que no se lo volvió a ver.

La relación de mi abuelo con Díaz era prácticamente nula. Lo trasladaron a “El Pozo de Quilmes” (otro CCD) que funcionó como depósito de prisioneros durante la dictadura. En ese lugar lo mantuvieron sin comida ni bebida, con los ojos totalmente vendados durante más de 12 días. “Era tanta la desesperación por la falta de agua que en varias ocasiones se me pasó por la cabeza beberme mi orina”, relató.

En la madrugada del 15 de mayo de 1976, a Luis le dieron un pantalón militar (todavía estaba en calzoncillos) junto con plata. Lo subieron a un auto y fue liberado en una plaza a dos cuadras de la estación Bernal. Con la plata que le dieron compró un boleto a Constitución. Desde allí pudo comunicarse con su madre, que prontamente acudió desesperada a buscarlo.

Según él, los militares muchas veces buscaban plata. Agarraban a quienes no tenían familiares y los fusilaban para quedarse con su casa, con su campo o empresa.

Hoy, Luis, mi abuelo, lo puede contar, tal vez la suerte estuvo de su lado. Como nieta, escuché el relato completo del protagonista de la historia.



Gentileza: familia de Hanna Rodríguez.



## De delegado a desempleado

### David Alejandro Soveron

Siempre tengo recuerdos de mi infancia, algunos buenos, otros no tanto. Nací en Gregorio de Laferrere, Barrio 24700. En casa éramos 11, mis abuelos María y Sergio, Carmen y Miguel con mis primos Matías, Ezequiel y Natalia, mis viejos Graciela, Jorge y mi hermanita Emilce.

Era muy común escuchar a mis abuelos hablar de todo un poco, pero un día me quedó para siempre lo que dijo Sergio. “Después de eso quedó loco”, refiriéndose a mi tío, que daba vueltas por la casa fumando nervioso.

Recién hoy se me vino a la mente esta historia, ocurrida durante la última dictadura militar, después de un cuatrimestre en la universidad donde hablamos mucho de nuestra historia. Todo esto me causó intriga, quería saber más.

Ahí aparece mi tío Antonio, para la familia y amigos “Tuco”. Era el hermano menor de mi abuela María, por el cual tenía un amor incondicional, casi de madre a hijo.

Mi abuela María me crio mientras mis viejos trabajaban. No tuvo una buena vida. Un hermano murió muy chico, ahogado. Se vino joven de San Luis a Buenos Aires para trabajar, siendo madre soltera, y no se le hizo fácil. Calculo que en esos tiempos no era fácil para nadie que se va de su lugar, sola, sin trabajo, y ni hablemos de plata. Mi abuela y Tuco eran muy unidos, siempre íbamos a su casa o venía su familia a pasar el día.

Ya de grande, sabiendo algunas cosas que no entendía de chico, le pregunté a mi abuelo qué le había pasado al tío y me contó la historia.

Antonio era empleado de la metalúrgica Tungbron, de Barracas, en la Capital Federal, donde hacían caños de fundición. Era delegado de la fábrica, motivo por el cual no se llevaba bien con los dueños y con algunos compañeros a los que le decían “buchones”.

Con sus compañeros pedían una mejor paga, jornada laboral de ocho horas y mejores condiciones higiénicas y de seguridad. Los despidos eran muy comunes, sin causas ni motivos, mucho menos indemnización.

Los delegados se juntaban en sus casas para hablar de su situación en la fábrica y trataban de buscar alguna solución. Hicieron reclamos a los dueños, sin ningún tipo de respuesta. Solo seguían con las amenazas de despidos. Después de esto hicieron varias huelgas en las cuales solo recibieron represión y amenazas. No solo eso, los líderes también quedaron marcados. Desde esos días todo cambió, tanto en lo laboral

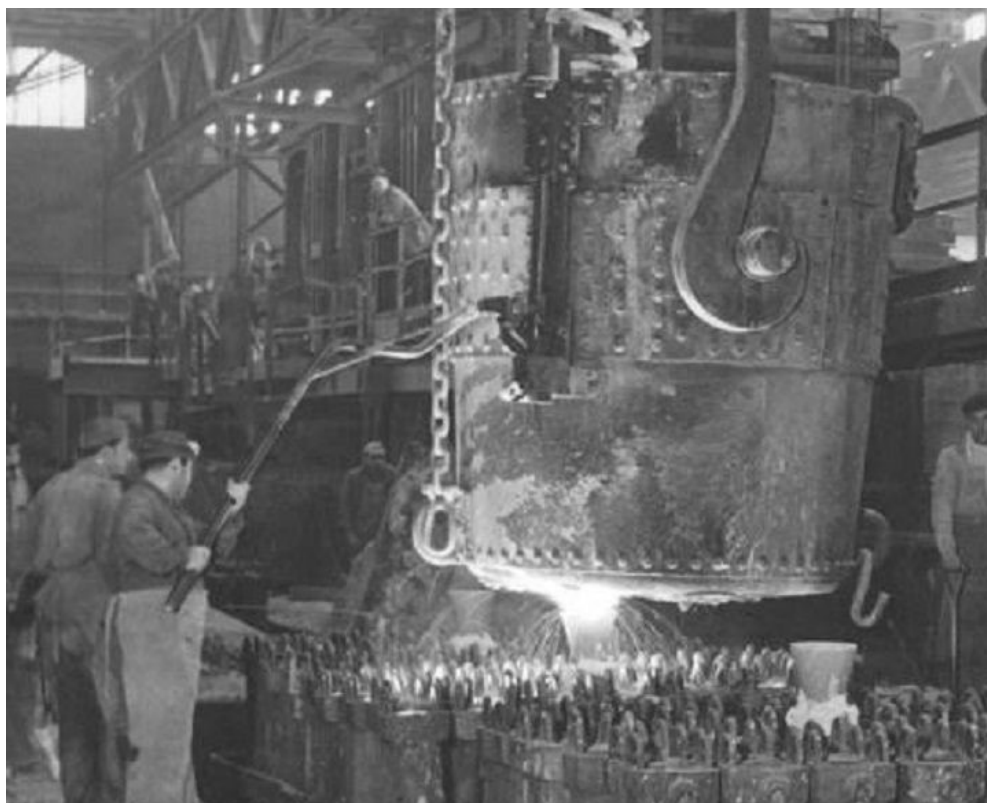
como en el día a día, tenían miedo de que les pase lo que se decía, porque nadie lo veía, estaba todo bien oculto.

Y un día pasó lo tan temido pero de quienes menos se lo esperaba: sus propios compañeros de trabajo. Los buchones pagados por los dueños lo golpearon, pero lo peor fue que le tiraron hierro fundido en las piernas dejando graves quemaduras. “La próxima no la contás”, le dijeron, “déjate de joder”.

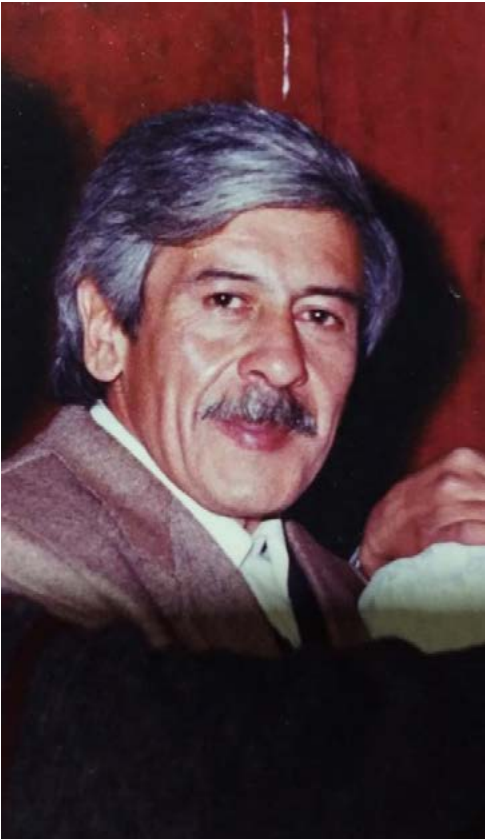
Mi tío Tuco no pudo trabajar varios meses, lo echaron diciendo que él solo se lo hizo para no trabajar. En esos días era complicado hacer una denuncia siendo delegado y estando marcado, así que no le quedó otra que perder su laburo sin ningún tipo de pago o ayuda médica.

Desempleado, con miedo y sin plata cayó en depresión. Encima trabajo ya no le daban por la edad, así que hacía changas, cuando había y podía. Mucho tiempo estuvo así, nunca más fue el de antes, pronto le detectaron demencia senil. Ahora entiendo por qué mi abuelo dijo eso. Por pelear por sus derechos y ayudar a sus compañeros lo perdió todo.

Cuántas personas pasaron cosas similares o peores para que hoy en día tengamos trabajos en blanco, seguridad e higiene. Pagas como la gente e indemnizaciones entre tantos beneficios o, mejor dicho, derechos. Por eso no hay que olvidarse, hay que tener más presente de dónde venimos y todo lo que pasó para que hoy estemos donde estamos.



Fábrica Tungbron por dentro, 1972. Gentileza: familia de David Alejandro Soveron.



Antonio Maldonado, alias Tuco, en una fiesta familiar. Gentileza: familia de David Alejandro Soveron.



Sergio Martínez, abuelo del autor, quien relató la historia de Tuco. Gentileza: familia de David Alejandro Soveron.



Miguel Martínez trabajó en Tungbron durante cinco meses, hasta que el tío Tuco le pidió que se vaya por miedo a que le pase algo. Gentileza: familia de David Alejandro Soveron.